

consignaba que «ni hay en mis venas sangre jacobina ni espero hablar con Dios un día, y a decir verdad, no me importa gran cosa de qué modo dejar mi verso, aunque tengo bien claro que no será como el capitán su espada». Doce años después, parece responderle otro poeta, Luis García Montero, en uno de los más jugosos artículos del libro que se comenta («El itinerario poético de Antonio Machado»), a propósito de la distancia del viejo escritor y los jóvenes de la generación del 27: «El lenguaje no se escoge por su dificultad culturalista frente al lenguaje social, sino que se apoya en la elaboración poética de la lengua común: las estrofas no son un orgulloso territorio aislado, lleno de experimentos y rarezas, sino la repetición cuidada de unas convenciones que sirven para establecer el ritmo poético natural». ¿No está implícito aquí el pleito de la poesía «novísima» y de la «poesía de la experiencia»? ¿Habla García Montero de sí mismo y de su entendimiento de la «otra sentimentalidad» o lo hace de Machado cuando escribe que «la poesía es contar historias personales que puedan sentirse vivas por los demás»?

¿Será, en fin, la hora propicia de hacer inventario y balance para ver qué queda y qué ha muerto del más insistente santo patrón de la poesía española? Puede entonces que tengamos que dar a la huesa aquellos epigramas burlesco-filosóficos que se dejan citar a menudo y con ellos, algunas imágenes y estereotipos («Españolito que vienes...»), definitivamente desacreditados por los políticos que suelen confundir a Machado con Miguel Hernández y a Teresa de Jesús con Lope de Vega. Y puede que allí vayan vías muertas poéticas como «La tierra de Alvar-gonzález» y «Los olivos», amén del difícil maridaje del haikú y la copla popular (el «autofolclore», como decía con gracia el propio Machado). En el purgatorio quedará buena parte de *Campos de Castilla* con sus dioses iberos, sus Caines labradores, sus vagones de tercera, la retórica de un autorretrato demasiado citado y el fervor de unos elogios cuya recta intención y cuya ironía no alcanzan a ocultar el manierismo. Y les hará compañía algún dengue que sobrevivió a la poda de *Soledades...* Pero quedarán por toda la eternidad las amplias galerías del alma, la inolvidable secuencia de poemas sorianos que nos preparan para el estremecedor poema a José María Palacio, los mejores sonetos rememoratorios de *Nuevas canciones* (y, en especial, el que comienza «Esta

luz de Sevilla...»), los fulgurantes atisbos de un mundo distinto («Recuerdos de sueño, fiebre y duermevela»), las poderosas imágenes de la poética de la Nada que acongojaron a Abel Martín, o la lírica cortés de un amor inventado en honor de Guiomar. Olvidaremos la esclavitud de alguna rima, la impropiedad de los alejandrinos o de los sonetos para ciertos menesteres (a Borges le pasa lo mismo, con ser Borges), pero seguiremos aprendiendo a identificar la emoción con cierto modo de pausado relatar, con ciertos silencios, con la retórica del detalle menor (feliz invención de la metonimia), con la habilidad para el zigzagueo semántico del encabalgamiento, para el suspiro de la suspensión, para el latigazo emocional de un tiempo verbal inesperado, para el inevitable sexto sentido de saber rematar el poema (en lo que nada tenía que envidiar Antonio a su hermano Manuel).

De algún modo, este volumen de homenaje permite comprobar el cambio de estimativa. Por eso, la teoría y práctica de lo apócrifo ocupa el lugar de privilegio: esa voluntad de ser *otro* o de ser *otros* (en quien era tan obstinadamente él mismo) fue, sin duda, el hallazgo más moderno de Machado y lo que lo emparenta con personajes tan diversos como Fernando Pessoa y su «drama em gente», con Paul Valéry y su reflexivo *Monsieur Teste*, con T.S. Eliot y su Alfred Prufrock, con Jorge Luis Borges y las sombras familiares de *El otro, el mismo*. Eustaquio Barjau —que hace años publicó un libro capital sobre los apócrifos— traza una excelente introducción indirecta al tema con su artículo «Antonio Machado: esencia, función y formas de la mentira» y Pedro Cerezo Galán, autor de otro volumen imprescindible (*Palabra en el tiempo. Poesía y filosofía en Antonio Machado*, 1975), repasa en «Lo apócrifo machadiano: un ensayo de esfuerzos fragmentarios» las diferentes interpretaciones de esa actitud del poeta —la timidez y la voluntad de ocultación apuntada en términos muy distintos por P. de A. Cobos, Valverde y Gutiérrez Girardot; la huella de la ironía romántica, consignada por Barjau— para proponer por su cuenta una llamativa coincidencia con Kierkegaard y una contaminación más de Unamuno. También Rafael Gutiérrez Girardot, cuya contribución se ha citado al comienzo de esta reseña, se acerca al tema de la incardinación de poesía y filosofía, mientras que Carlos Serrano («Hipotexto místico para un cancionero profano») ha preferido abordar el erotismo de Abel Martín y, al hilo de

otras consideraciones, llamarnos la atención sobre el sugerente paralelismo de una exaltada lira de Juan de la Cruz («Entrado se ha la Esposa/ En el ameno huerto deseado...») y aquella otra terrible estrofa alirada de Machado-Martín que empieza «En sueños se veía/ reclinado en el pecho de su amada...». Incluso el apunte de Juan Paredes Núñez sobre los esbozos narrativos de Machado («Algunos aspectos de la prosa machadiana»), aunque demasiado breve y poco conclusivo, parece ir por ese fecundo camino de lo apócrifo. Y es lástima, en cambio, que la atención al teatro se limite a un pulcro pero breve apunte de Luciano García Lorenzo («Antonio Machado ante el teatro barroco») y a un artículo de Claire Nicole Robin («La búsqueda de la identidad, temática central de la dramaturgia machadiana») cuya certera hipótesis se diluye demasiado en la obligada generalización.

La vinculación del escritor al modernismo es otro tema de importancia cuando establecerla ya no implica rebajamiento de su importancia, que a más de uno le pareció que aseguraba mejor un Machado noventayochista. Ricardo Gullón, que tanto batalló por reconocer la identidad unitaria del movimiento modernista, es autor del trabajo que abre el volumen y que corresponde a una transcripción de la conferencia que pronunció poco antes de su muerte. El texto reúne, pues, el gracejo y la vehemencia que le eran propios con la madurez de conceptos muy meditados y con la facilidad divagatoria de quien se las sabía todas en punto al tema y en punto al arte de conferenciar. Pero el lector de esta contribución retendrá, además de la emoción que causa su circunstancia, las sugerencias sobre el orfismo machadiano y la divertida pero certera idea de hablar de «indigenismo» del poeta a propósito del castellanismo, muy en la línea de quien considera el caso desde una perspectiva hispánica y no solamente peninsular. También Aurora de Albornoz es autora de otro texto póstumo de la misma línea que busca ratificar la progeie modernista de Machado: quien hace tiempo dejó establecidas las tangencias de Unamuno y nuestro escritor, se aplica ahora a resumir con mucho tino las que ligaron a Machado y Rubén Darío, tema que ya trató Macrí con rigor técnico en un artículo decisivo.

Todo esto exige, sin duda, un serio planteamiento cronológico de la obra del autor. Ya casi tenemos una biografía de Antonio Machado desde que José Luis Cano

escribiera la suya con tanta emoción como competencia y José María Valverde nos diera su breve pero inolvidable libro *Antonio Machado*, ambos en 1975: buena parte del mérito de Bernard Sesé en su voluminoso trabajo de 1980 fue adoptar el hilo cronológico de la vida como elemento conductor de su análisis y lo mejor de la edición, tipográficamente algo confusa a veces, de la prosa machadiana —hecha por Macrí y Chiappini— ha sido el casi estricto orden cronológico de la disposición. Ese fue, a fin de cuentas, el que Machado adoptó para editar sus poesías y de esa voluntad he pensado yo alguna vez escribir por extenso. Pero, en tanto, la fecundidad del procedimiento se deja notar en el excelente trabajo de Giovanni Caravaggi («Los años de Baeza (para una cronología de Machado)»), en el de Gaetano Chiappini («Los «Elogios» de *Campos de Castilla*» como hipótesis experimental: el CXXXIX a don Francisco Giner de los Ríos, que continúa una interesante serie) y en el de Paul Aubert («Gotas de sangre jacobina: Antonio Machado, republicano») que sabe leer muy bien la trayectoria política del escritor y establece cosas sensatísimas sobre la siempre atractiva hipótesis masónica.

De cronología contrastiva podrían calificarse, en cambio, las aportaciones de Luis García Montero (ya citada, líneas más arriba) y la de Eutimio Martín («Antonio Machado y la generación del 27», donde importa menos la insignificante carta inédita de Lorca que se transcribe) quienes comentan las nada fáciles relaciones del poeta con los jóvenes escritores a quienes reprochó el gongorismo, el conceptismo intelectual y, en el fondo, la escasa sindéresis: una reflexión que tiene puntos de verdad y que, en todo caso, está muy lejos de los feroces celos que asaltaron por entonces a Juan Ramón Jiménez. Nada se dice, por cierto, de la relación de uno y otro poeta —que fue muy ilustrativa— y la intervención de Rafael Alberti tampoco añade mucho al conocimiento de su desencuentro con el mundo de 1927, ni a las páginas que ya dejó escritas hace muchos años en *Imagen primera de...* A cambio, en ese capítulo de recuerdos personales la intervención de Rafael Lapesa («Recuerdos de mi relación personal con Antonio Machado (1932-1936)») es mucho más relevante y no solamente por la medida admirable y nítida de la prosa: sus líneas retratan el bulto necesario del poeta que conservaba su acento sevillano, que ironizaba por alergia a cualquier engolamiento y que se

producía con «la cortesía respetuosa que entonces se usaba».

Ese acercamiento a la imagen machadiana demuestra que no todos los caminos están recorridos en la investigación sobre el autor. Bernard Sesé («Antonio Machado y París») añade algunos datos a lo que sabíamos de su viaje de 1911, tan trágicamente concluido por la enfermedad de Leonor. Por su parte, Jean Louis Guereña —que tanto y tan bien trabaja sobre la cultura popular en la España anterior a 1936— agota prácticamente lo que puede conocerse sobre la Universidad Popular de Segovia y sobre esta curiosa dimensión de la estancia del poeta en la ciudad («Antonio Machado y la Universidad Popular segoviana»). La actitud del escritor ante la guerra civil es un viejo tema pero que quizá hasta la fecha ha sido tratado con más emotividad que reflexión. De una apreciable dosis de la última da muestra Francisco Caudet («Lo que enseñó la guerra a Antonio Machado») y, en cambio, hay sobra de la primera en el candoroso trabajo de Julio Rodríguez Puértolas («Prosas de guerra de Antonio Machado: una visión de Europa»), a quien hubiera venido muy bien ver las ponderadas observaciones que sobre Machado y lo ruso ha hecho Laureano Bonet en su excelente artículo «Antonio Machado y el Cristo ruso» (*Antonio Machado: el poeta y su doble*, Universidad de Barcelona, 1989, págs. 101-129): no debe confundirse la mezcla de la gratitud reciente y del recuerdo de la lectura juvenil de Dostoievski con los términos de una conciencia política y aducir como consecuencia de ésta las patéticas expresiones de la carta a Bergamín en que manifiesta, días antes de morir, que podría aceptar la invitación a residir en la Unión Soviética. Con mucha más penetración, Serge Salauin («La epopeya según Antonio Machado (1936-1939)») habla de una «elipsis» machadiana que abarcaría tanto el significado del marxismo como —observación muy feliz— la mención del propio nombre de la Unión Soviética, a la vez que considera los límites de la demofilia y la pasión ética (tan insobornablemente liberal-radical, añadiría yo) de Antonio Machado.

El apartado final se refiere a la recepción del escritor después de 1939. Fanny Rubio («La herencia de la poesía de Antonio Machado en la postguerra») inventaría sucintamente algunos de los pasos más significativos, mientras que Gonzalo Santonja estudia con singular solvencia y buena copia de implacables datos nuevos las cir-

cunstancias de la edición de Dionisio Ridruejo y el clima de la revista *Escorial* («Antonio Machado y su recuperación durante los primeros años del franquismo»). No le falta ironía a Edward Baker (autor de uno de los últimos *items* memorables del machadismo: *La lira mecánica*, 1989) cuando escribe su trabajo «Antonio Machado entre dos efemérides (1975-1989)». Aquella del centenario —pese a lo argüido líneas más arriba— concluyó la «sacralización» del poeta a quien «se inscribe en una tradición cultural del progresismo español, la de los santos laicos de finales del XIX y comienzos del XX» cuando «se quería arrebatar a la oligarquía su pretendido monopolio, entre otras cosas, de lo nacional». No sabría decir yo si esos rasgos no corresponderían más bien al veinticinco aniversario de la muerte en 1964 cuando se culminaba el proceso de recuperación (protagonizado por la juventud poética de izquierda en los homenajes de 1959 y la colección Colliure de 1961) y cuando el mismo gobierno franquista perseguía a porrazos a los intelectuales en Baeza e inauguraba el Parador de Turismo que lleva el nombre del poeta en la ciudad de Soria. Pero lo que sí es evidente, como subraya Baker, es que el cincuentenario de 1989 se ha celebrado «bajo el signo de la teledirección cultural» y quizá —apunta— como un piadoso velo que apenas camuflaba el recuerdo de la derrota de los mejores en la guerra civil. Cualquiera comparte con Baker la «impresión de que en estos momentos se piensa, escribe e interviene intelectualmente en España en función de un auténtico aluvión de congresos, simposios, encuentros, homenajes, reuniones, cursillos de verano y demás estaciones del año y aniversarios de todo tipo», pero a condición de recordar también que por mucho grano nunca es mal año y que siempre es mejor la ñoñería oficiosa y oficial que los palos administrados en 1964 a los revoltosos.

Pero estas prevenciones son un excelente colofón para un libro nacido en el año prometedor de 1989 y editado en este año tormentoso de 1994. Paul Aubert, su compilador y editor, supo llevar al acogedor ambiente de la Casa de Velázquez a los nombres imprescindibles y, sin duda, contagió su entusiasmo a los participantes en una miscelánea que no tiene casi nunca el yerto tono de la conmemoración ni el ominoso sabor de los refritos. Ostenta casi el mismo título que campea en los cuatro volúmenes que recogen las actas del congreso sevillano de